



SIN TÍTULO

Ana Isabel Mitadiel Velasco (ESO2A)

Todo comenzó en casa del doctor Frink; él me dijo que tenía la cura para mi enfermedad. Me expuso a un rayo que según él daría con mi tumor y lo erradicaría; pero no fue así. Desaparecí. Bueno, no del todo. Mi cuerpo físico no estaba allí, pero mi alma sí.

Ese fue el momento en que lo entendí todo, sus investigaciones, su interés, por qué sabía tanto de mí. Fue él. El que mató a mis padres; el que me intentó matar a mí. Lo que él no sabía es que solo una parte de mí moría, y yo debía aprovechar eso. Huiría mientras pudiera.

Mis padres fallecieron en el incendio de mi casa; solo sobreviví yo. Me vi obligado a robar para poder comer, hasta que un día el doctor Frink me sacó de ese mundo y me acogió en su vida. Su casa no era un palacio, pero yo no estaba como para quejarme. Me alimentaba y educaba él mismo. Un día me dijo que tenía una enfermedad, pero que me la curaría. Lo que no sabía es que lo que quería era matarme tal y como hizo con mis padres. Y lo que todavía no sé es por qué.

Pasaron los días y me fui acostumbrando a ser un alma errante. Era divertido: no tenía que comer, ni beber, ni dormir; no me cansaba; podía gastar bromas a todo el mundo... Todo parecía perfecto, hasta que un día cayó a mis pies una carta dirigida a mí, la leí; estaba escrita en diferentes colores y no tenía sentido: “Señora que todo lo sabes es todo y no crecen las que esperan toque de Ará casi. Dar té por muchas eras es de tontos”. No entendía nada, así que la dejé en el suelo y de repente vino a mi mente la forma en que el doctor Frink me enseñó a comunicarme en clave: en mensajes de diferentes colores se probaba a leer las letras de un mismo color para sacar el mensaje. Probé con las letras negras. Se me heló la sangre: “Se que lo sabes todo y no creas que esto quedará así. Date por muerto”. Sabía lo que significaba: Frink me había descubierto y vendría a por mí

Pensé que tardaría en dar conmigo y aproveché para salir corriendo (aprovechando que, al ser un alma, no me cansaba). De repente vi una intensa luz cegadora que me hizo retroceder unos pasos. Cuando se apagó seguí corriendo sin darle mayor importancia; aunque algo me hizo parar: noté algo distinto; me cansaba. Miré mi cuerpo horrorizado; efectivamente volvía a ser visible. Volvía a ser humano. Me había encontrado. Me escondí en un rincón cuando otra carta cayó, esta vez decía: “Cuídate, la pintora puede dar contigo, dispone de una lupa increíble.” Esta vez había pocas letras



negras, aun así la leí como la última vez, y no pude más que dejar caer la carta horrorizado, decía: “Tarde.”

Me giré lentamente y vi a Frink empuñando un revólver.

—Lo siento, durante mucho tiempo me planteé no matarte, pero ahora que lo sabes todo no puedo dejarte con vida.

—¿Por qué a mi familia? ¿Qué te hicimos?

—Por lo visto, no te lo contaban todo, ¿eh? Bueno, pues ya que morirás, te lo contaré: tu padre timó al mío hasta llevarle a la locura e hizo que años después se suicidara. A mi madre la mató delante de mi cuando reunió las pruebas suficientes para incriminarle; solo me salvé yo. Juré vengarme: incendiaría su casa con su familia dentro. Pero tú no estabas dentro, así que tendré que matarte ahora.

Sentí cómo la ira me invadía. Un sonido sordo. Paz.